

UN VIEJO TERCO
EN ANKARA

PREMIO CUARTA BIENAL DE NOVELA BREVE 2014

«JOSEFINA VICENS»

UN VIEJO TERCO EN ANKARA

por

Marcos Rojas Gutiérrez

 **CONACULTA**

DIRECCIÓN GENERAL
DE PUBLICACIONES

*F*ICTICIA

MÉXICO
2015

UN VIEJO TERCO EN ANKARA

Primera edición, 2015

Coedición: Ficticia S. de R.L. de C.V./
Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-
Dirección General de Publicaciones

D.R. © Marcos Rojas Gutiérrez

D.R. © 2015, Ficticia S.de R.L. de C.V.
Magnolia 11, Col. San Ángel Inn, C.P. 01060
México D.F.
www.ficticia.com / libreria@ficticia.com
Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI
(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

D.R. © 2015, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
Dirección General de Publicaciones
Avenida Paseo de la Reforma 75, col. Cuauhtémoc,
c.p. 06500, México, D.F.
www.conaculta.gob.mx

Editora: Mónica Villa

Diseño de la colección: Armando Hatzacorsian

Fotografía de portada: Armando Hatzacorsian

ISBN: 978-607-521-059-9, Ficticia

ISBN: 978-607-745-137-2, CONACULTA

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de los editores.

Impreso en México / Printed en Mexico

CONTENIDO

1. LA MANDÍBULA	9
2. EXTRAÑA EXHIBICIÓN	23
3. <i>JET LAG</i>	33
4. ALIENTO A CULEBRA	45
5. UN VIEJO TERCO EN ANKARA	55
6. EL TENIENTE KRUSKA SE ENFADA	65
7. <i>GLADIATOR</i>	73
8. EL PLACER DEL BICHO	85
9. LA CONTIENDA	95
10. KISIN EN LA RAMA	105

A man can be destroyed but not defeated

ERNEST HEMINGWAY

1

LA MANDÍBULA

—Tienen que ver esto —dijo el viejo luchador y colgó.

Minutos antes había descubierto el fósil de una mandíbula desdentada en el interior de un ánfora que conservaba en el despacho; tras sufrir un vahído y haber tropezado con ésta, la vio venirse abajo y despedazarse como un huevo grande e irreparable, cuyo secreto insospechado expuso de relumbrón lo que se convertiría en el premonitorio más enigmático de toda su vida. Entre los fragmentos dispersos yacía un extraño objeto y tuvo que valerse de la solana del medio día chillando en el patio para enterarse de que se trataba de la estructura ósea de un *homo sapiens*. “¿Pero qué...?”; sus palabras fueron desarmadas por el asombro que no consiguió disipar. La mandíbula de un hombre estaba en la palma de su mano, una macabra broma se había logrado a la perfección del acometido. Se inclinó para echar un ojo a los restos del ánfora, repartidos sobre las baldosas, y halló un compartimento en la base. De la cavidad inferior se asomaba el retazo de un trapo amarillento, probablemente la envoltura milenaria de aquella parte de hombre desarticulado. La retiró curioso, pero al extenderla, una crisis alérgica al polvo le tiritó el cuerpo. Luego cogió el teléfono todavía con lágrimas en los ojos y llamó a sus compinches de ocio para que le ayudaran a resolver

aquel misterio ocultado en el ánfora por algún motivo desconocido.

—¡Les dije que lo tenían que ver —ratificó cuando los tuvo enfrente.

El primero de los convocados, un viejo aficionado a la colombofilia y obsesionado en conseguir que los zanates mostrasen las mismas cualidades que las palomas mensajeras, dijo con los ojos lo que Zabala, su socio, tampoco pudo escupir por la boca: había que llamar a la policía.

—¡Mak chi'! —amonestó Irapuato, enterado de la sugerencia—. ¡Ni Dios lo quiera! Lo resolveremos nosotros mismos.

Ninguno se atrevió a contrariar aquellos ojos desencajados que habían pujado durante tantos años en la lucha libre detrás de la máscara del Chelo Chicatana para intimidar a sus adversarios en el cuadrilátero. Ya estaban acostumbrados a sus remilgues y habían aprendido a darle por su lado cuando recurría a la artimaña profesional. Pero el inconveniente no era ese, sino que la nueva pesquisa del viejo luchador afectara las actividades de los otros ancianos. Aún no se habían obtenido resultados satisfactorios con el entrenamiento de los zanates, los animales parecían no tener interés alguno de convertirse en emisarios del hombre. No lograban memorizar las tareas, eran criaturas de cabeza hueca, difíciles de domesticar. Lo único notorio era un cambio preocupante en el volumen del excremento. Nada más. Pero a Irapuato poco le importaba, en su mente repercutía la fascinación de una aventura prometedora.

—¡Acá hay algo! —los azuzó para levantar los ánimos.

Cerca del cuello de la mandíbula una inscripción poco visible se presentaba con un significado. Irapuato trató de leerla sin conseguirlo.

—Déjame probar —se ofreció Zabala. Balbuceó algo y dijo—: No se lee nada, 'ija.

Irapuato le arrebató la mandíbula y se la pegó al ojo.

—Dice algo de Cristo.

—¡Ma! No blasfemes, tú —le contradijo Zabala—. ¡Cómo que Cristo!

—Si no es blasfemia, 'ija. Acá cerquita del ojo puedo leer algo que dice Cristo.

El encantador de zanates, que estaba al tanto de la discusión de sus compañeros, dijo: “Presten, zorros”. Ajustó los anteojos y a buena distancia leyó en voz alta la inscripción en la mandíbula:

—Chrys... chrysos... to... mos... ¡Chrysostomos! —dijo finalmente.

Se miraron extrañados. Uno de ellos dijo que sonaba a nombre de animal prehistórico, otro dijo que no fuera bruto, que la mandíbula se asemejaba a la de un hombre, por lo tanto, debía pertenecer a una especie de mono. El que tenía la mandíbula en la mano anunció que habían descubierto el eslabón perdido.

—En primera, lo descubrí yo —se adjudicó Irapuato, arrebatándole la mandíbula—, y en segunda, se parece más al hocico de tu mujer que al de un mono.

De pronto se encontraron riñendo entre ellos, hablaban atropelladamente, las deyecciones de los zanates volvieron a sonar entre sus discusiones, un ir y venir de reclamos nunca resueltos también se pronunciaron en sus bocas sin que ninguno reparara en ello porque se encontraban empeñados en recalcar su enojo.

Finalmente se produjo el silencio tal y como suele presentarse después de una riña: incómodo y cargado de remordimiento sobre las brutalidades dichas. Y como ninguno de ellos pudo reparar el ánimo después de casi mentarse

la madre, Irapuato se deslindó de aquella situación acudiendo al teléfono que para suerte de todos repicaba en ese momento. No contestó, sino que levantó el auricular y con el mismo colgó, consultó una agenda que guardaba en el cajón del escritorio y marcó un número.

—Comuníqueme con el doctor Kantún —dijo.

Esperó unos segundos con el tímpano azuzado por un zumbido aletargado que no le decía nada mientras aguantaba en la línea. Entonces, revivido por la voz femenina que regresaba del otro lado informó: "Dígale que le llamó Irapuato Mendoza". Colgó.

Cinco minutos después el teléfono volvió a repicar cuando los ancianos conversaban de lo único que no les hacía discutir: sobre las enfermedades acogidas por sus cuerpos y los remedios insuficientes para aliviarlos. Con la misma determinación de no atender ninguna llamada, pero consciente de que podría tratarse del doctor Kantún, Irapuato doblegó el fastidio y contestó con entusiasmo.

—Oye *gajo*, necesito un favor —le solicitó después de los saludos convencionales.

—Lo que quieras, mi *dom* —respondió el doctor de buena gana.

Sin más objeciones se pusieron de acuerdo para almorzar al día siguiente en una lonchería. Y tan pronto como se encontraron, los cuatro ancianos ordenaron de prisa el menú del día con su respetiva agua de jamaica para darle paso al propósito del almuerzo. No fue hasta que empezaron con el café cuando Irapuato sacó de una bolsa de supermercado el envoltorio que puso sobre la mesa para que el doctor lo examinara. Éste la abrió circunspecto, como si una complicidad con aquellos ancianos lo obligara a prestar al descubrimiento la misma seriedad que los otros ponían en ello. En cuanto se encontró con la mandíbula, Irapuato dijo: "Estaba escondida

en un jarrón”. El doctor no comprendió. Tuvo que contárselo con detalles y cuando iba por la parte correspondiente a la clasificación de la mandíbula el doctor lo interrumpió:

—Es de un hombre.

Los ancianos se miraron consternados. Buscaron la expresión de cada uno en la actitud del otro. No tenían por qué extrañarse, desde el principio habían aceptado para sus adentros que la pieza ósea pertenecía posiblemente a un prójimo desdichado y no a un mono. La severidad del diagnóstico les hizo sentir la responsabilidad del hallazgo y comprometerse en descubrir la identidad de aquel pobre cadáver incompleto. Todos lo sintieron, pero ninguno se comprometía tanto en averiguarlo como Irapuato.

Decidido a llegar al fondo del asunto, le indicó con el dedo la parte donde se revelaba la única pista. El dentista leyó sin importancia. No tenía nada qué decir. Lo que le interesaba estaba ligado a su profesionalismo, quería examinar la pieza para determinar su edad y composición morfológica. La única sugerencia que pudo darles fue que lo investigaran en una enciclopedia. Irapuato pensó que de nada había servido la reunión.

Días más tarde el dentista lo llamó para citarlo y preguntarle si había consultado algún tipo de manual informativo. Irapuato replicó exagerando que más había tardado en recuperarse de la alergia al moho de los tomos podridos en el librero que en decepcionarse por la pobreza documental de su colección enciclopédica. Extrañado, el dentista preguntó si podía pasar esa noche a echarles un vistazo. La solicitud fue aceptada.

—Ni le busques, *gaio* —dijo Irapuato cuando el doctor cogió el tomo C-CH del librero—, son una porquería.

Christmas, Christofilos, Christofle, Christophe, Christus, Christy, Chrypffs... Irapuato parecía estar en lo correcto. Ni rastro de Chrysostomos. Su orgullo había sido subsanado

«UN VIEJO TERCO EN ANKARA»

DE MARCOS ROJAS GUTIÉRREZ

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN AGOSTO DE 2015 EN LOS TALLERES DE
EDICIONES M Y M S. DE R.L. DE C.V., CONRADO PELAYO NÚM. 33
COL. TLÁHUAC, MÉXICO, D.F. C.P. 13200

EL TIRAJE FUE DE 2000 EJEMPLARES.